
ROMANCE DE IZÚCAR.

Soberbia tunda á las tropas
De don Ciriaco del Llano
Dió el modesto padre Sánchez
En el cerro del Calvario,
Cuando de tomar á Izúcar
Se jactaba más ufano,
Y llamó del Sur su ejército
Altisonante y finchado.
Dos veces al insurgente
El realista embiste bravo,
Y don José Antonio Andrade
Excede en furia á los diablos.
Al aire silban las piedras,
En tierra de sangre hay charcos,
Y por todas partes muertos
Ven, los ojos espantados.

Frustrado el segundo empuje
Y de rabia rebramando,
Entrega el pueblo á las llamas
Furioso el brigadier Llano.
Los alaridos se escuchan
Dè aquel pueblo infortunado,
Pereciendo entre las llamas
Entre inauditos quebrantos;
Y en medio de tal pavora,
Y las llamas y su escándalo,
Atraviesan insurgentes
A la patria vitoreando.
Burlándose de la muerte
Con su arrojo temerario,
Al frente van dos campeones
Valientes como preclaros,
Y cual humo, en el incendio
Sus siluetas dibujando . . .
Uno Sandoval se llama,
De renombre entre los bravos;
Otro, *Vicente Guerrero*,
A quien ceñirá más lauros
La Patria reconocida
En los venideros años.



EL GENERALISIMO D. JOSE M.^A MORELOS.

Copiado del mejor retrato del héroe, hecho en Oaxaca en 1812 y que hoy está en el Museo de Artillería de Madrid.

PRIMER ROMANCE DE CUAUTLA.

Están azules los cielos,
y el sol asoma en Oriente,
Los altos volcanes miran
como murallas de mar
y sobre la luz vierte en tumbos
los rayos resplandecientes,
destelándose en mil reflejos
que al amanecer se encienden,
y se apagan, y que surgen
y se apagan de desvanecen,
y en las grutas de nubes
flotan en el alto cielo
descendiendo en vapores
que se condensan y caen,
en silbos, ya barquillas
y en luminosas sierpes.



EL GENERALISIMO D. JOSE M.^a MORELOS.

Copia del mejor retrato del héroe, hecho en Oaxaca en 1812 y que hoy está en el Museo de Artillería de Madrid.

PRIMER ROMANCE DE CUAUTLA.

Están azules los cielos,
El sol asoma en Oriente,
Los altos volcanes forman
Como muralla de nieve
Donde la luz vierte en tumbos
Raudales resplandecientes,
Quebrándose en mil reflejos
Que deslumbrando se encienden,
Que se apagan, y que surgen
Y en sombras se desvanecen.
Errantes grupos de nubes
Flotan en el aire leve,
Semejando sus figuras,
Que se condensan ó crecen,
Ya sílfides, ya barquillas,
Y ya luminosas sierpes,

Como séres de otros mundos
 Escondidos en el éter.
 La cadena de montañas
 Abierto círculo extiende
 Hasta hacer inmenso cerco,
 Ancho y macizo, que hienden
 Hondas quiebras, altas lomas
 Que como que inquietas hierven,
 Y ya en picos se levantan,
 Ya en cataratas descenden,
 Se aplanan, se arremolinan
 Y en montes gigantes vuelven
 Como á rendir homenaje
 Al gran Popocatepetle,
 Que aislado con su Ixtacihuatl
 Perdido en los cielos vése,
 En su union nupcial inmóvil,
 Y pensativo y solemne
 En esa cuenca espaciosa
 Que á todos rumbos se extiende,
 Un mar forman los sembrados,
 De tan encendidos verdes,
 De tan tupido follaje,
 Que cuando el viento los mueve,
 Forma oleajes de esmeraldas
 Que á la vista dan deleite,
 Embriagando sus cambiantes
 De voluptuosos vaivenes.

Negros surcos en las ondas
 De ese mar verde aparecen,
 Que llevan á las haciendas
 Que blanquean muy alegres,
 Con sus altas chimeneas
 Como de vapor bajeles,
 Que sobre una mar tranquila
 No flotan, sino que duermen.
 Y en una orilla lejana
 Bañada en fulgor de Oriente,
 Entre bosques de naranjos,
 Y plátanos y mameyes,
 Extiende su manto Cuautla
 Con su caserío alegre,
 Sus templos y campanarios,
 Sus plazas y sus verjeles.
 El Atlatlahua famoso
 Al Norte el paso detiene
 Para que lleguen humildes
 Y á sus contornos se acerquen
 Tepostlan y Tlayacapam,
 Bellos hijos de Occidente.
 Los volcanes la coronan,
 Y á su espalda quietas duermen
 Echadas mansas colinas
 Como dóciles lebreles.
 Mas si en ese Cuautla hermoso
 Su antorcha la Historia enciende,

Y sus ráfagas de gloria
 Cruzan su zenit luciente,
 En monumentos se tornan
 Grandes, augustos, solemnes,
 Haciendas, calles y plazas,
 Lomeríos y verjeles
 Esas piedras se tiñeron
 Con sangre cien y cien veces;
 Esas torres sustentaron
 A los patriotas valientes;
 Allí Galeana allá Bravo;
 Aquí Rul halló la muerte,
 Sediento de beber sangre
 De la falange insurgente.
 Allí ganó Matamoros
 Mil inmortales laureles,
 Y en todas partes Morelos
 Sublime descuella siempre,
 Exhumando de este polvo
 A la patria independiente.
 ¡Oh Cuautla! ¿qué mexicano
 Sin emoción podrá verte
 Cuando divise tus muros,
 Cuando tus ruinas contemple,
 Si todo está consagrado
 Con la sangre de los héroes?

SEGUNDO ROMANCE DE CUAUTLA.

Contra el sentir de Galeana
 Y con bien pequeña escolta,
 Marcha en su troton Morelos
 A reconocer las tropas
 De Calleja, que descenden
 Como raudal, por las lomas.
 Los vigías de las torres
 Ven la marcha con zozobra,
 Y los jefes, con anteojos
 Ni un momento le abandonan,
 Entretanto que Calleja
 Sus avanzadas embosca,
 Preparando al insurgente
 La sorpresa desastrosa.
 El vigía de San Diego
 De pronto el campo alborota
 Gritando: "¡al arma! ¡socorro!"
 Porque al General destrozan.
 Los soldados de Calleja

Han dispersado la escolta,
 Y se ceban y encarnizan
 En los valientes patriotas.
 Morelos, aislado, entero,
 Con intrepidez heróica,
 Derriba, acomete, asuela,
 Y difiere su derrota;
 Pero le cercan, le envuelven
 Y ya sus fuerzas se agotan,
 Cuando se escucha rugiente
 Voz, cual de herida leona,
 Que grita: "¡viva Morelos!"
 Furibunda é impetuosa.
 Es Galeana con sus bravos,
 Que los fusiles arrojan,
 Y empuñando sus machetes
 Aniquilan lo que tocan;
 Es Galeana, que cual llama
 Descuella, se extiende y flota,
 Y dejan mares de sangre
 Los embates de sus tropas
 Entre despojos y muertos
 Se unen los jefes patriotas,
 Y Galeana sobre el pecho
 Del gran Morelos se arroja,
 Sin articular palabra,
 Porque de júbilo llora.

TERCER ROMANCE DE CUAUTLA.

EL PRIMER ASALTO.

Con el sol que está en Oriente
 Coronando los volcanes,
 Embelleciendo los montes
 Y dando vida á los valles,
 Se mira á los de Calleja
 Marchando para el combate.
 Los cañones van al centro,
 Van las mujeres delante,
 Y los terribles dragones
 En los flancos, arrogantes.
 Los guiones y las banderas
 Se agitaban en los aires,
 Y se escuchaban los sonos
 De las músicas marciales.
 Calleja á la retaguardia
 En su coche sobresale,

Formándole cerco de oro
 En tropel sus edecanes,
 Con sus sombreros montados
 Y sus espadas brillantes.
 Doquier resuenan los vivas,
 Doquier anhelan procaces
 Arrancar al enemigo
 Los laureles inmortales.
 En tanto, los insurgentes
 Esperan sin inquietarse,
 Con la confianza en los pechos
 Y el júbilo en los semblantes.
 Ya se avanzan las columnas,
 Ya se oye el toque de ataque,
 Ya estalla el nutrido fuego
 Por la plaza y por las calles;
 Ya, cundiendo por el viento,
 Embriaga el olor de sangre,
 Y humo, y llama, espanto y muerte
 Corren en pos del desastre.
 Las mujeres de Calleja,
 Como furias infernales,
 Heridas, medio desnudas,
 Y sus cabellos flotantes,
 Discurren enfurecidas
 Dando alaridos salvajes.
 Los del fuerte de San Diego
 Resisten, sin arredrarse,

El primero y recio empuje
 De los realistas infames.
 Ya avanzan los españoles,
 Ya logran precipitarse,
 Pero Dios vino en auxilio
 Y Galeana está delante,
 Que sale ileso y brillando
 De su personal combate.
 Embiste de nuevo osada
 De españoles la falange,
 Pero los indios honderos
 Con impetuoso coraje
 Lanzan diluvio de piedras
 Repentino y en instantes.
 De Casa Rul llega el Conde
 Bravo en su alazan pujante,
 Y las balas le derriban
 Y envuelto en su sangre cae
 A degüello los clarines
 Tocaban por todas partes,
 Y son campos de batalla
 Templos, y plazas, y calles.
 En los huecos de las piedras
 Formaba charcos la sangre,
 Y sonaban las pisadas
 Cual sobre agua al asentarse.
 Pero al levantarse el humo,
 Pero el humo al dispersarse,

Miraba nuestra bandera
 Alta, y alegre, y triunfante
 De pronto cesan los fuegos,
 Y trazas de retirarse
 Parece que da Calleja;
 Mas Morelos, vigilante
 Conoce la red, y ordena
 No deje su puesto nadie.
 Lleno de rabia Calleja,
 Da la órden que contramarchen,
 Cuando consultó á su muestra
 Y eran las tres de la tarde
 De Santa Inés á la hacienda
 Voló Calleja á ocultarse,
 Mientras desde el insurgente
 Campo, y hendiendo los aires,
 Volaba la alegre nueva
 De la victoria brillante.

CUARTO ROMANCE DE CUAUTLA.

EL NIÑO ARTILLERO.

Es segundo mes del año;
 Diez y nueve soles cuenta:
 Sobre las calles de Cuautla
 Flotan soberbias banderas
 Do se lee: "¡Que muera España!
 "¡Que viva la Independencia!
 En trueno, en llamas, en bronce,
 Sobre el pueblo se descuelga,
 Como aguacero de rayos,
 La cólera de Calleja
 Que, seguro de su triunfo,
 Ruge cual ruge la fiera
 Al empaparse de sangre
 Cuando destroza su presa.
 Sobre los aires se cruzan
 Con el plomo las blasfemias,
 Y con la sangre que corre

Pierde su color la tierra.
 Escenas de horror y espanto
 En los aires se renuevan,
 Y en las alturas la llama
 Con furia voraz ondea.
 Los heridos moribundos
 Con ayes los vientos pueblan,
 Y aullan de rabia mujeres
 Que las calles atraviesan
 Conduciendo agua y socorros
 A los que ardientes pelean.
 Los niños abandonados,
 Unos lloran, y otros juegan
 Entre montones de muertos
 Y entre despojos de guerra.
 Al costado de San Diego,
 De Galeana fortaleza
 Viendo al Norte, y extendiendo
 Al Ocaso la siniestra,
 Se elevaba un fuerte muro
 Con honores de trinchera,
 En donde se empeñó tanto,
 Tan temerario Calleja,
 Donde las crueldades fueron
 Tan terribles y sangrientas,
 Que cediendo á rudo empuje
 Quedó un momento desierta
 En medio del fuerte choque

De tigres y de panteras.
 Estaban los artilleros
 Muertos junto de las piezas,
 Los cañones silenciosos,
 Ardiendo la cuerda-mecha.
 El enemigo furioso
 Descubierta un flanco observa,
 Y alucinado de gozo,
 Viendo la victoria cierta,
 Con oficiales resueltos
 Y con impávidas fuerzas
 El asalto preparando,
 Se dirige á la trinchera;
 Pero detrás de aquel muro
 Y sin que nadie lo advierta,
 Quedaba un niño del pueblo,
 Audaz, vivo, que se emplea
 En ir sembrando donaires
 Donde arde más la pelea;
 Ojo negro, tez oscura,
 Largo el cuello, carnes recias,
 Risueño al par que valiente,
 Y que á nadie se sujeta.
 Éste mira á los realistas
 Que decididos se acercan:
 Ya reconocen, ya avanzan,
 Ya preparan y ya llegan;
 Y cuando tocan el muro,

Al asaltar con fiereza,
 El niño al cañon aplica
 Resuelto la cuerda-mecha,
 Y torrente de metralla
 La fuerza invasora asuela.
 "¡Que viva el Cura Morelos!"
 Grita el chico, la cabeza
 Levantando con orgullo
 En la triunfante trinchera.
 Acuden los de Galeana:
 Es victoria la sorpresa,
 Y en los fuertes de patriotas
 Tocan diana las trompetas.
 "¿Quién es?—preguntó la fama,
 "El niño de tal proeza?"
 Y contestaba orgullosa
 La Historia imperecedera:
 "Ese es Narciso Mendoza,
 "Que no abandona la escuela,
 "Que los catorce no cumple
 "Y entre el fuego se pasea.
 "Con vítores le saludan
 "Los chicuelos que le cercan,
 "Y recordando su hazaña,
 "Se llama la calle entera
 "Calle del *Niño Artillero*,
 "Como lo dicen sus letras."

QUINTO ROMANCE DE CUAUTLA.

LAS VICTIMAS DE CALLEJA.

Pueblan el aire lamentos,
 Ensordecen los gemidos,
 Marchan en tropel confuso
 Los desaforados indios,
 Y sus mujeres cargando
 Las esteras y los niños.
 Dejaron los infelices
 Sus chozas de *Tetelcingo*,
 Cuando del feroz Calleja
 Los soldados asesinos
 Llegaron sembrando horrores,
 Y tornando vengativos
 En cenizas y en escombros
 Sus miserables asilos.
 Con aire triunfal llegaron
 A poner á Cuautla sitio,